



EL RENACIMIENTO. — NOTICIA HISTÓRICA

FRANCIA. A Carlos VII, 1422-1461, sucedió su hijo Luis XI, 1461-1483, después Carlos VIII, bajo la regencia de su hermana Ana de Beaujeu. Habiendo muerto el rey sin hijo en 1498, subió al trono el duque de Orleans: Luis XII, 1498-1515. A su muerte, subió al poder una nueva rama de los Capeto con Francisco I, 1515-1547.

ALEMANIA. La dignidad imperial perteneció en la época del Renacimiento — desde 1438 hasta 1740 — á la familia de los Habsburgo, duques de Austria. Federico III ocupó el trono de 1439 á 1493, sucediéndole su hijo Maximiliano hasta el 1519. Este, casado con la hija única de Carlos el Temerario, tuvo un hijo, Felipe, que murió prematuramente (1506) dejando un hijo de su matrimonio con Juana la Loca. Este nieto de Maximiliano, Carlos, heredero en 1516 de las posesiones del Nuevo Mundo y de las coronas de España y de las Dos Sicilias, después en 1519 del ducado de Austria, de Borgoña y de Flandes, se presentó á la elección de los príncipes electores y llegó á ser el emperador Carlos V, 1519-1556.

ESPAÑA. Los reyes de Aragón, poseedores de Sicilia desde 1409 y del reino de Nápoles desde 1435, se sucedieron regularmente: Fernando I, Alfonso, 1416-1458. Juan, 1458-1479. Fernando II, rey de las Dos Sicilias en vida de su padre, 1468, se casó en 1469 con Isabel, hermana del rey de Castilla; á la muerte de éste pudo poner la corona de este reino sobre la cabeza de su mujer, y el matrimonio reinó sobre toda la España católica desde 1479. Isabel murió en 1504, dejando una sola hija, Juana, madre de Carlos V.

Los príncipes de PORTUGAL empeñados en la obra del descubrimiento de la Tierra, son Juan I (João), 1385-1433, sus hijos el rey Eduardo y el infante Enrique, después Alfonso, 1438-1481, Juan II, Manuel después 1495 y Juan III, 1521-1557.

Los más célebres y los menos déspotas de la familia de los MÉDICI, son Cosme, 1389-1464, gonfaloniero desde 1429, y Lorenzo, 1448-1492.

Sólo citamos algunos grandes nombres entre los hombres del Renacimiento. Otros, nacidos después de 1467, se hallarán después con sus contemporáneos los Reformadores.

GIOTTO (di Bondone), pintor, nacido en Toscana	1266-1336
PETRARCA (Francesco), nacido en Arezzo	1304-1374
BOCACCIO (Giovanni), Florentino nacido en Paris	1313-1375
Gemiste, llamado PLETON, nacido en Constantinopla	(1355)-(1450)
Los hermanos VAN EYCK, pintores flamencos, Huberto y Juan	1366-1426 (1385)-1441
DONATELLO, escultor toscano	1386-1466
Fra ANGÉLICO (Fra Giovanni da Fiesoli)	1387-1455
Biondo FLAVIO, historiador, nacido en Forli	1388-1463
Fra FILIPPO LIPPI, nacido en Florencia	1400-1469
Battista ALBERTI, arquitecto, nacido en Génova	1404-1472
Giovanni BELLINI, pintor, nacido en Venecia	1426-1516
BOJARDO, poeta, nacido cerca de Módena	1430-1494
Andrea MANTEGNA, pintor, nacido en Padua	1430-1505
PULCI, poeta, nacido en Florencia	1432-1484
Constantino LASCARIS, gramático, nacido en Constantinopla	1434-1493
MEMLING, pintor flamenco, nacido en Souabe	1435-1494
GIOCONDO, arquitecto, nacido en Verona	1435-1515
Lazzari, llamado BRAMANTE, arquitecto, nacido en Urbino	1444-1514
Pietro Vannucci, llamado el PERUGINO, pintor	1446-1524
BOTTICELLI (Alessandro Filipepi), pintor florentino	1447-1510
Aldo MANUCIO, impresor, nacido en Bassiano	(1449)-1515
Domenico Currado, llamado GHIRLANDAJO, nacido en Florencia	1449-1498
Lionardo DA VINCI, pintor y sabio, nacido en Toscana	1452-1519
SAVONAROLA (Jerónimo), nacido en Ferrara	1452-1498
Pedro VISCHER, escultor, nacido en Nuremberg	1455-1529
Adam KRAFFT, escultor, nacido en Nuremberg	(1456)-1507
PIC DE LA MIRANDOLA, filósofo, nacido cerca de Módena	1463-1494
Quintín METZYS, pintor, nacido en Lovaina	1466-1530



RENACIMIENTO

La humanidad futura, tal como debe prepararla una educación viril, ¿no se compondrá de hombres cada uno de los cuales podrá bastarse á sí mismo y crear nuevamente un mundo en su rededor?

CAPÍTULO XI

RENACIMIENTOS. — QUATTROCENTO. — HUMANISTAS. — BIBLIOTECAS.
EDUCACIÓN. — REHABILITACIÓN DE LA CARNE.
AMOR Á LA NATURALEZA. — RENACIMIENTO EN ALEMANIA.
IMPRENTAS. — UTOPIAS. — LUIS XI Y CARLOS EL TEMERARIO.
FRANCESES EN ITALIA.
JUDÍOS Y BANQUEROS ALEMANES. — DESPLAZAMIENTO DEL COMERCIO.
CONQUISTAS ESPAÑOLAS. — PRESTIGIO Y DECADENCIA DE ESPAÑA.

EN tanto que la fuerza viva de la Europa civilizada se aplicaba al descubrimiento del mundo, empleábase también en su interior en la reconstitución social, en un gran sentimiento de unidad humana, muy diferente de la unión ficticia obtenida por la comunidad, puramente verbal, de los dogmas religiosos y por la jerarquía del clero católico.

Bajo el nombre de «Renacimiento» se suele comprender el período de emancipación intelectual que se produjo en los siglos XV y XVI, bajo la doble influencia del aumento del saber en el espacio y en el tiempo. Los descubrimientos realizados en China y en el Extremo Oriente por los Venecianos, en África y en las Indias por los Portugueses, después en el Nuevo Mundo por los Españoles y todos los navegantes de la Europa occidental ensancharon los límites del horizonte terrestre á la par que se aumentó el vuelo de la imaginación y la audacia del pensamiento; ocurrió lo mismo con la erudición por la reaparición de la literatura antigua que unía los siglos presentes á los siglos pasados por encima de los orígenes mismos de la Iglesia. La humanidad se engrandeció doblemente: por una parte tomó posesión de todo su dominio terrestre sobre la redondez completa del globo, y por otra se apoderó de su herencia greco-romana desde los orígenes de su historia. Semejante época bien merece ser designada de una manera especial en la sucesión de las edades.

Sin embargo, la palabra «Renacimiento» tiene sólo un valor relativo, porque antes del siglo XV, antes de la huida de los gramáticos griegos de Constantinopla llevando sus libros hacia el Occidente, las letras latinas jamás cesaron de ser cultivadas en Roma y en las Galias: Virgilio hasta había sido venerado en esos países á la misma altura que un padre de la Iglesia, casi divinizado. ¿No había tenido el Renacimiento italiano con un siglo de anticipación un Petrarca por precursor, y no había sido precedido por el Renacimiento árabe, durante el cual los Moros, los Judíos, los Levantinos aportaban á Europa el conocimiento del Asia oriental, de sus condiciones geográficas, de sus poblaciones, de sus productos y de su historia? En todas las épocas ha habido «renacimientos» de un valor más ó menos decisivo. Antes del que respondió á los descubrimientos de Gutenberg y de Colón, se suele citar el de Carlomagno, después el del siglo XII, que, excitado por la filosofía de la antigüedad, tuvo la ventaja de no ser dominado por ella, como lo fué su hermano menor el gran Renacimiento.

Así como son frecuentes las emigraciones y transplantes de comarca en comarca, dando lugar á fenómenos de orden muy diferente de la rutina de las cosas, así también pueden realizarse «saltos» de

siglo á siglo sobre las edades intermediarias, dando á ideas antiguas una nueva juventud: hay generación que no resplandece en su segunda flor sino después de unos intervalos de decadencia y de esterilidad. Así ha sucedido con la literatura, la filosofía y la moral de los antiguos, al salir de la sombría época de la Edad Media.



VENECIA — PIAZZETTA

Cl. J. Kuhn, edit.

En el fondo San Marcos, á la derecha el Palacio de los Ducs, á la izquierda el Campanile (derrumbado) y la Librería de San Sovino, uno de los monumentos más puros del Renacimiento.

En Italia fué principalmente donde la evolución de la ciencia y del arte, siguiendo vías nuevas, se manifestó de una manera bastante poderosa para merecer el nombre de «Renacimiento»: hasta se le ha resumido por la palabra *quattrocento*, aplicada á todos los progresos del saber humano realizados en Italia durante el curso del siglo XV¹.

¹ Philippe Monnier, *Les Quattrocento, Essai sur l'Histoire littéraire du XV^e Siècle italien*, 2 volúmenes.

En aquella época desaparecía el municipio italiano, reemplazado en todas partes por el gobierno de un señor; una sola ciudad conservaba su forma republicana, Venecia, separada de tierra firme por las lagunas, y á la que las condiciones especiales de su política extranjera creaban una vida completamente diferente de la de las otras ciudades italianas.

•Las causas de la decadencia y de la ruina definitiva de los municipios de Italia son harto evidentes. Dividiéndose en castas enemigas, cada uno de ellos consume sus fuerzas en luchas intestinas, y, como ocurre siempre, la casta oprimida, cuando la ocasión se presenta, busca sus aliados en el exterior; la nobleza urbana se apoya sobre la nobleza extranjera; los ricos comerciantes celebran alianzas con los comerciantes poderosos de fuera; el pueblo recurre á las clases populares de las ciudades vecinas, á menos que, en su imprudencia, no introduzca dentro de sus murallas algún señor poderoso que halague sus pasiones, ó aclame algún rico que distribuya con largueza su caudal. Cada casta no ve más que sus intereses particulares, y en las ciudades felices donde el equilibrio se ha establecido poco á poco, el municipio no tiene más ideal que él mismo, y no comprende que si no defiende la libertad de todos, la suya está también comprometida. Los ejemplos de más alta apreciación de las cosas son raros en los anales de las ciudades. Cuando en 1289 libró Florencia á los campesinos de toda servidumbre, «porque la libertad, derecho imprescriptible, no puede depender del arbitrio ajeno», esta noble actitud fué poco imitada, y aquella misma ciudad lo olvidó pronto en su conducta respecto de Pisa. Pocas repúblicas fueron magnánimas en la comprensión de sus verdaderos intereses.

Y si los municipios estaban destinados á perecer en sus luchas intestinas, lo estaban también por las guerras continuas que sostenían contra las ciudades próximas. Florencia se enemista con Pisa porque le toma el mar, y con Siena porque le cierra el camino de Roma; Milán reprocha á Pavía, Cremona y Brescia que le disputen su poder y disminuyan su parte de riquezas. Lo mismo en Luca en 1548, que en Milán en 1447, el pueblo no quiso oír hablar de una federación de ciudades en que todas tuvieran los mismos derechos.

Tantas eran las ocasiones de conflicto, que el municipio no tenía

tiempo de pelear por sí mismo, y había de confiarse á especialistas, á gentes cuyo oficio consistía precisamente en alquilarse á un príncipe ó á una ciudad para combatir en su lugar, ganar sus victorias ó sufrir sus derrotas. El que sentía en sí la audacia necesaria, el



VENECIA — ESTATUA DEL CONDOTTIERE «IL COLLEONE»
 Cl. J. Kuhn, edit.
 por ANDREA DEL VEROCCHIO, nacido en Florencia en 1422 ó 1435, muerto en Venecia en 1488.

gusto por la rapiña y el genio de las aventuras, trataba de agrupar una banda de tunantes tan poco respetuosos como él de la vida humana y de los productos del trabajo, y cuando reunía su *condotta*, recorría el país en busca de ciudades que le confiriesen sus asuntos. Se vendía al que ofrecía más, y si el enemigo á quien combatía ayer

le ofrecía más que su aliado de un día, cambiaba de partido y penetraba como vencedor en la ciudad que antes defendía. Jamás se decidió más bruscamente la lotería de la guerra, por golpes inesperados, que bajo el régimen de los *condottieri*. Alguno que llegó á ser señor absoluto de un antiguo municipio libre era una fiera terrible: se trató de conformarse con la esperanza de que su hijo ó algún rival afortunado fuera buen príncipe, generoso y magnánimo. Se vivió á la casualidad, bajo las ligaduras de la suerte, según el resultado de las batallas, de las traiciones y de las matanzas.

Pero el impulso de libertad que había constituido las repúblicas, los municipios y las ligas contra el feudalismo debía continuarse lógicamente hasta la emancipación del individuo, y el hombre del siglo XV trató de desprenderse de la sociedad ambiente para descubrirse en la plenitud de su fuerza y de su belleza. Prodióse una especie de paralelismo entre el período del Renacimiento italiano y la gran época de la floración helénica. A dos mil años de intervalo se ve igualmente al hombre tratando de realizar su ideal en fuerza, en elegancia, en gracia personal, á la vez que desarrollándose en valor intelectual y en saber. Tal es el movimiento del «humanismo» en su sentido profundo: el individuo tiende á manifestarse en todo el esplendor de su persona, desembarazado de las múltiples trabas de las costumbres y de las leyes. No hay duda que esa perfección sólo es accesible á un corto número de escogidos, pero ya es mucho intentarla, teniendo en cuenta además que el conjunto de la sociedad se modela siempre sobre los tipos que le dan su carácter y, por decirlo así, son su alma. Así, á pesar de las tiranías locales, á pesar de las guerras civiles y extranjeras, á pesar del remolino político en que giraban los Estados, la época del Renacimiento no deja de ser una de las más notables de la historia, porque el valor de las sociedades se mide por el de las individualidades fuertes, conscientes de sí mismas que en ellas surgen. La humanidad futura, tal como debe prepararla una educación viril, ¿no se compondrá de tales hombres, cada uno de los cuales podrá bastarse á sí mismo y crear nuevamente un mundo en su rededor?

El movimiento del gran siglo del Renacimiento, continuando á su antecesor Petrarca, tuvo, pues, un alcance mayor y muy diferente que

el de crear «humanistas» en el sentido estrecho de esta palabra: hombres que ponían su gloria en hablar en bello latín y que veían en un barbarismo el colmo del oprobio. No, el humanismo en su más alta concepción consistía, como su nombre lo indica, en el conocimiento y adaptación de todo lo que es «humano», de todo lo que eleva al hombre á sus ojos, y lo muestra, no sólo en la práctica de un «bello lenguaje» — *dicendi peritus* — sino también en el ejercicio de toda bondad: noble, generoso y magnánimo. Y como la literatura antigua, griega y latina, contiene, bajo la forma más bella, los pensamientos más profundos y la más alta moral; como todo el tesoro de las adquisiciones humanas se encuentra reunido en aquella literatura, la atención exclusiva de los hombres del Renacimiento se fijó en los escritores de la antigüedad clásica.

La revolución que se producía en las inteligencias era, en su verdadera naturaleza, esencialmente religiosa: el hombre, cesando de ser la víctima del pecado original, recobraba su pureza primitiva y su derecho de gustar libremente los frutos del paraíso; á pesar de la prohibición antigua, promulgada por todas las Iglesias que se sucedieron en la historia, tenía derecho sobre todo al árbol de la ciencia: inocencia é ignorancia habían cesado de ser sinónimos. No todos los humanistas fueron hombres de gran carácter; entre ellos hubo gentes sin consistencia y sin dignidad, hipócritas, aduladores y parásitos, y su acción educadora fué por ello empuñecida; pero no por eso dejaron de producir nuevos conocimientos, ni fué obstáculo para que se abrieran escuelas, ni para que representaran la ciencia contra los que, con San Pablo y San Agustín, predicaban la «absurda fe».

A pesar de cuanto se diga, la Edad Media, en su conjunto, odiaba los libros, y los religiosos que los amaban á pesar de todo, por instinto espontáneo, habían sido celosamente vigilados como fautores de una rebeldía oculta. Sin embargo, algunos nombres de conventos, tal como el Monte Cassino, suscitaban la idea de libros y de manuscritos; la palabra «benedictinos» produce la ilusión, tan común entre los que ven las cosas por orden y en confianza, que los frailes de la Edad Media eran aplicados al estudio, á la lectura, á la copia de manuscritos, y que les debemos la preciosa herencia de la literatura antigua; error que no tiene en cuenta el estado general

de la sociedad durante aquella negra época ni la estrechez de entendimiento que forzosamente engendra en toda comunidad la rígida observancia de las reglas que tienen por único objeto la disminución de la iniciativa personal. Además, el celo del apóstol Pablo, que hizo quemar los libros de Efeso, animó durante mucho tiempo á los pontífices penetrados del fervor primitivo. He aquí lo que al final del siglo VI escribía Gregorio el Grande á un obispo: «Se me hace saber, y no puedo repetirlo sin vergüenza, que vuestra Fraternidad ha osado exponer á algunos los principios de la gramática... Cosa grave y vergonzosa es que un obispo se ocupe de esas futilidades, indignas de los religiosos y de los laicos». Y muchos obispos descuidaban, en efecto, esas miserias mundanas de la instrucción: ¿no se había dado el caso de que en el concilio de Calcedonia, en 451, hubieran de recurrir á la amabilidad de sus colegas ó de sus amanuenses para atestiguar su aprobación á los decretos que no sabían firmar por sí mismos? Entre los frailes benedictinos, cuyo nombre ha venido á ser sinónimo de hombres de estudio, gracias á los religiosos eruditos de los siglos XVII y XVIII, la regla no exigía que el hermano supiera leer ni escribir, ni le prescribía instruirse en los arcanos del alfabeto durante su año de noviciado. Entre los monjes de Cîteaux, la norma para los que se dedicaban á la lectura era no leer más que un solo libro al año y copiar los manuscritos guardándose bien de adornarlos con el menor dibujo¹, ese trabajo profano se encargaba á los dibujantes y pintores de fuera.

¡Cuán pobres en libros eran, durante los siglos de la Edad Media, los más ilustres monasterios! El más rico de todos, en 1472, en vísperas del Renacimiento, es el de Clairvaux, que, según D'Arbois de Jubainville, contenía 1,714 volúmenes. Nuestra Señora de París no poseía en 1297 más que 97 obras, mientras que en aquella época, en el Cairo, la biblioteca de los Fatimitas tenía, según Quatremere, ¡más de dos millones y medio de volúmenes! Verdad es que la biblioteca del Vaticano excedía á todas las demás de Europa: bajo Sixto IV se componía de 2,546 volúmenes. Se recordará la visita hecha por Bocaccio á lo que restaba en el siglo XIV de la biblioteca

¹ D'Arbois de Jubainville, *De l'Intérieur des Abbayes cisterciennes*, p. 62.

del Monte Cassino: en ella sólo encontró libros mutilados; los frailes raspaban entonces los cuadernos, cortaban los márgenes y hacían pequeños salterios para los niños y las mujeres¹. De esa manera, muchas obras de la antigüedad greco-romana, que existían todavía en los siglos del X al XII, se perdieron antes de los días luminosos del Renacimiento, y si en aquella época pudieron felizmente los eru-



Academia de Bellas Artes en Venecia.

Cl. J. Kuhn, edit.

EPISODIO DE LA VIDA DE SANTA ÚRSULA
REGRESO DE LOS EMBAJADORES INGLESES Á SU PATRIA
por CARPACCIO, nació en Venecia en 1460 y murió allí mismo en 1522.

ditos hallar gran número de ellas, se debe á que las buscaron y las hicieron aparecer de nuevo bajo la cubierta de libros de oraciones, de recetas ó de fórmulas sin valor, cuyas hojas habían sido arrancadas.

Aun antes del descubrimiento de la imprenta, habían comenzado los humanistas la gran obra de conquista literaria y científica que, en lo sucesivo, había de proseguirse sin tregua; despertóse el sentido

¹ Benvenuto de Imola, citado por Philippe Moanier.

de la continuidad en la historia y hubo eruditos que trataron de reanudar los acontecimientos de los tiempos antiguos con los de los modernos, pasando sobre el período oscuro de la Edad Media. Flavio Biondo, el autor de la primera obra de reconstitución arqueológica de Roma¹, intentó renovar en Italia la tentativa de Ibn Khaldun entre los Mahometanos de Mauritania un siglo antes que él, pero con más amplio criterio, con una concepción más elevada y filosófica. El historiador árabe-bereber había tomado por objeto de sus estudios el desarrollo de la civilización en el conjunto de la humanidad, pero, aunque diciendo que cree haber sido el único que se ha ocupado de esa «ciencia nueva», añade modestamente que puede engañarse, porque «¡hay tantas ciencias y han existido tantos sabios en las diversas naciones! ¿Dónde están los conocimientos de los antiguos Persas? ¿dónde las ciencias de los Caldeos, de los Sirios, de los Babilonios, con sus monumentos?»

Esa resurrección del pasado, que Ibn Khaldun creía imposible, acabó por realizarse algunos siglos después de él, gracias á los activos investigadores del Renacimiento, como Aldo Manucio, que se ocuparon con actividad incansable de restituir al menos el tesoro literario de Roma y de Grecia, y que, con extremada inteligencia y sagacidad adivinatoria, supieron discutir los textos y restablecerlos en su pureza primitiva. Así se desarrolló el sentido crítico; primeramente sobre los problemas de puntuación, de ortografía y de palabras; después sobre las más altas cuestiones de la historia y de la ciencia en su conjunto. De ese estudio escrupuloso de los manuscritos diferentes y contradictorios nació el libre examen de las doctrinas igualmente diversas y opuestas.

Los Italianos no habían esperado el exodo de los Griegos de Constantinopla para tomar posesión de la herencia helénica. Además, ya en vísperas del Renacimiento, el elemento griego, que dos mil años antes había alimentado la escuela de Pitágoras y otros colegios de ciencia y de filosofía en la Gran Grecia, se conservaba todavía en el sud de Italia, por la influencia de Constantinopla, que había permanecido siendo la soberana del país hasta el final del

¹ *Roma Instaurata*, 1446.

siglo XI, y no había dejado de enviarle numerosos fugitivos. El viejo fondo yapigio de la población primitiva emparentada con los Pelasgos se había acomodado tan bien á la cultura griega, que la lengua «romaica» no se había extinguido por completo hacia la extremidad meridional de la tierra de Otranto y de la de Calabria. ¿No es en el fondo griega por el carácter del pensamiento la patria de Giordano Bruno, de Campanella y de Vico?¹

Sin embargo, la restitución de la literatura y del pensamiento griegos en la época del Renacimiento no se hizo en la Italia meridional, todavía medio helénica de origen: debía cumplirse naturalmente en la parte septentrional de la península, donde la historia tuvo su más rápida evolución. Florencia, que era entonces el verdadero centro de la Italia artística y sabia, «Florencia, la ciudad que fué la flor de las ciudades»², llegó á ser como una nueva ciudad griega.

Florencia aportó á su obra artística tanta imaginación y genio creador como la gran Atenas, aunque con menos variedad y riqueza; parecía desanimada, cansada de la acción y no se rebelaba contra la dominación extranjera. Dícese³ que su corazón no estaba al nivel de su genio; ¿pero no sería más bien que su ideal estaba sobre todas las cosas de la tierra y que las miserables disputas de los hombres no podían empañar su pureza diamantina? Los poetas, desde Pulci y Bojardo hasta el Ariosto y Goldoni; los pintores, desde el Perugino hasta Corregio, todos muestran la misma serenidad. Durante el saqueo de Roma, el Parmesano pintaba todavía cuando los lansquenets penetraban en su taller. «Buscad, dice Quinet, en las vírgenes de Andrea del Sarto y de Rafael, la triste mirada de la Italia esclava, violada, despojada y harapienta, y encontraréis en ellas la mirada del bienaventurado que sube al cielo, no la desesperación de una caída política». Italia, por la historia de su arte y de su pensamiento filosófico y político, salió la primera del círculo estrecho de la nacionalidad propiamente dicha, confiándose sin defensa al espíritu de civilización, al genio de la humanidad: la patria de los Italianos durante mucho tiempo fué el universo⁴.

¹ Fr. Lenormant, *La Grande Grèce*, XI, p. 65; — E. Nys, *Autour de la Méditerranée*, p. 4.

² J. Ruskin.

³ G. Perrot, *Revue des Deux Mondes*, Noviembre 1870.

⁴ Paul Ghio, *L'Anarchisme aux Etats-Unis*, p. 148.